

“Aprendiendo de los años 60” por Audre Lorde (1982)

En febrero de 1982, Audre Lorde pronunció el discurso “Aprendiendo de los 60” como parte de la celebración del fin de semana de Malcolm X en la Universidad de Harvard. Su presentación aparece a continuación.

MALCOLM X es una forma distinta en un período muy crucial de mi vida. Estoy aquí ahora - Negra, Lesbiana, Feminista - heredera de Malcolm y en su tradición, haciendo mi trabajo, y el fantasma de su voz a través de mi boca les pregunta a cada uno de ustedes aquí esta noche: ¿Están haciendo el suyo?

No hay nuevas ideas, solo nuevas formas de dar esas ideas que apreciamos aliento y poder en nuestra propia vida. No voy a fingir que en el momento en que vi o escuché a Malcolm X por primera vez se convirtió en mi príncipe brillante, porque no sería cierto. En febrero de 1965, estaba criando a dos hijos y un esposo en un piso de tres habitaciones en la calle 149 en Harlem. Había leído sobre Malcolm X y los musulmanes negros. Me interesé más en Malcolm X después de que dejó la Nación del Islam, cuando Elijah Muhammad lo silenció por su comentario, después del asesinato de Kennedy, en el sentido de que las gallinas habían regresado a casa para dormir. Antes de esto, no había pensado mucho en la Nación del Islam debido a su actitud hacia las mujeres, así como a su postura no activista. Leí la autobiografía de Malcolm y me gustó su estilo, Yo había sido culpable de lo que muchos de nosotros todavía somos culpables: dejar que los medios, y no me refiero solo a los medios blancos, definan a los portadores de esos mensajes más importantes para nuestras vidas.

Cuando leí a Malcolm X con mucha atención, encontré a un hombre mucho más cercano a las complejidades del cambio real que cualquier cosa que hubiera leído antes. Mucho de lo que digo aquí esta noche nació de sus palabras.

En el último año de su vida, Malcolm X agregó una amplitud a su visión esencial que lo habría llevado, si hubiera vivido, a una confrontación inevitable con la cuestión de la diferencia como fuerza creativa y necesaria para el cambio. Pues a medida que Malcolm X progresaba desde una posición de resistencia y análisis del statu quo racial a consideraciones más activas de organización para el cambio,

comenzó a reevaluar algunas de sus posiciones anteriores. Una de las habilidades de supervivencia más básicas de los negros es la capacidad de cambiar, de metabolizar la experiencia, buena o mala, en algo útil, duradero y eficaz.

Cuatrocientos años de supervivencia como una especie en peligro de extinción nos ha enseñado a la mayoría de nosotros que si tenemos la intención de vivir, es mejor que aprendamos rápidamente. Malcolm lo sabía. No tenemos que volver a vivir los mismos errores si podemos mirarlos, aprender de ellos,

Antes de ser asesinado, Malcolm había modificado y ampliado sus opiniones sobre el papel de la mujer en la sociedad y la revolución. Estaba empezando a hablar con creciente respeto de la conexión entre él y Martin Luther King, Jr., cuyas políticas de no violencia parecían ser tan opuestas a las suyas. Y comenzó a examinar las condiciones sociales bajo las cuales las alianzas y coaliciones deben ocurrir.

También había comenzado a discutir esas cicatrices de la opresión que nos llevan a la guerra contra nosotros mismos en lugar de contra nuestros enemigos.

Como pueblo negro, si hay algo que podemos aprender de los años 60 es cuán infinitamente complejo debe ser cualquier movimiento de liberación. Porque debemos actuar no solo contra las fuerzas que nos deshumanizan desde el exterior, sino también contra esos valores opresivos que nos hemos visto obligados a asumir. Al examinar la combinación de nuestros triunfos y errores, podemos examinar los peligros de una visión incompleta. No para condenar esa visión, sino para alterarla, construir modelos para futuros posibles y enfocar nuestra rabia por el cambio en nuestros enemigos en lugar de entre nosotros. En la década de 1960, la ira despertada de la comunidad negra a menudo se expresaba, no verticalmente contra la corrupción del poder y las verdaderas fuentes de control sobre nuestras vidas, sino horizontalmente hacia aquellos más cercanos a nosotros que reflejaban nuestra propia impotencia.

Estábamos preparados para el ataque, no siempre en los lugares más efectivos.

Cuando no estábamos de acuerdo entre nosotros sobre la solución de un problema en particular, a menudo éramos mucho más viciosos entre nosotros que con los creadores de nuestro problema común. Históricamente, la diferencia se ha utilizado con tanta crueldad contra nosotros que, como pueblo, éramos reacios a tolerar cualquier desviación de lo que se definía externamente como negritud. En los años 60, la corrección política se convirtió no en una pauta para vivir, sino en un nuevo

conjunto de grilletes. Una parte pequeña y ruidosa de la comunidad negra perdió de vista el hecho de que la unidad no significa unanimidad: los negros no son una cantidad digerible estándar. Para trabajar juntos, no tenemos que convertirnos en una mezcla de partículas indistinguibles que se asemejan a una tina de leche con chocolate homogeneizada. La unidad implica la confluencia de elementos que, en primer lugar, son variados y diversos en su naturaleza particular. Nuestra persistencia en examinar las tensiones dentro de la diversidad fomenta el crecimiento hacia nuestro objetivo común. Muy a menudo, o ignoramos el pasado o lo romantizamos, hacemos que la razón de la unidad sea inútil o mítica. Olvidamos que el ingrediente necesario para hacer que el pasado funcione para el futuro es nuestra energía en el presente, metabolizándose una en la otra. La continuidad no ocurre automáticamente, ni es un proceso pasivo. Olvidamos que el ingrediente necesario para hacer que el pasado funcione para el futuro es nuestra energía en el presente, metabolizándose una en la otra. La continuidad no ocurre automáticamente, ni es un proceso pasivo. Olvidamos que el ingrediente necesario para hacer que el pasado funcione para el futuro es nuestra energía en el presente, metabolizándose una en la otra. La continuidad no ocurre automáticamente, ni es un proceso pasivo.

Los años 60 se caracterizaron por una fe embriagadora en las soluciones instantáneas. Fueron años vitales de despertar, de orgullo y de error. Los movimientos por los derechos civiles y el poder negro reavivaron las posibilidades de los grupos marginados dentro de esta nación. Aunque luchamos contra enemigos comunes, a veces el atractivo de las soluciones individuales nos hizo descuidarnos unos a otros. A veces no podíamos soportar la cara de las diferencias de los demás debido a lo que temíamos que esas diferencias pudieran decir sobre nosotros. Como si todo el mundo no pudiera llegar a ser demasiado negro, demasiado blanco, demasiado hombre, demasiado mujer. Pero cualquier visión de futuro que pueda abarcarnos a todos, por definición, debe ser compleja y en expansión, no fácil de lograr. La respuesta al frío es el calor, la respuesta al hambre es la comida. Pero no existe una solución monolítica simple para el racismo, el sexismo, la homofobia. Solo existe el enfoque consciente dentro de cada uno de mis días para moverse contra ellos, donde sea que me enfrente a estas manifestaciones particulares de la misma enfermedad. Al ver quiénes somos,

aprendemos a usar nuestras energías con mayor precisión contra nuestros enemigos que contra nosotros mismos.

En los años 60, los estadounidenses blancos, racistas y liberales por igual, estaban más que complacidos de sentarse como espectadores mientras los militantes negros luchaban contra los musulmanes negros, los nacionalistas negros hablaban mal de los no violentos y a las mujeres negras se les decía que nuestra única posición útil en el movimiento del Poder Negro era propenso. Ni siquiera se permitió que la existencia de lesbianas y gays negros cruzara la conciencia pública de la América negra. Sabemos en la década de 1980, a partir de documentos obtenidos a través de la Ley de Libertad de Información, que el FBI y la CIA utilizaron nuestra intolerancia a la diferencia para fomentar la confusión y la tragedia en un segmento tras otro de las comunidades negras de los años 60. El negro era hermoso, pero aún sospechoso, y con demasiada frecuencia nuestros foros de debate se convirtieron en escenarios para jugar a los juegos de quién es más negro que quién o quién es más pobre que quién, en los que no puede haber ganadores.

Los sesenta para mí fueron una época de promesas y emociones, pero los sesenta también fueron una época de aislamiento y frustración desde dentro. A menudo me sentía como si estuviera trabajando y criando a mis hijos en el vacío, y que era mi culpa: si solo fuera Blacker, las cosas estarían bien. Fue una época de mucha energía desperdiciada y, a menudo, tenía mucho dolor. O negué o elegí entre varios aspectos de mi identidad, o mi trabajo y mi negritud serían inaceptables. Como madre lesbiana negra en un matrimonio interracial, generalmente había una parte de mí garantizada para ofender los cómodos prejuicios de todos sobre quién debería ser. Así es como aprendí que si no me definía a mí mismo, sería aplastado por las fantasías de otras personas y devorado vivo. Mi poesía, mi vida, mi obra, mis energías para la lucha no eran aceptables a menos que pretendiera igualar la norma de otra persona. Aprendí que no solo no podría tener éxito en ese juego, sino que la energía necesaria para esa mascarada se perdería en mi trabajo. Y había bebés que criar, estudiantes que enseñar. La guerra de Vietnam se estaba intensificando, nuestras ciudades ardían, cada vez más niños de nuestra escuela se quedaban dormidos en los pasillos, la basura se apoderaba de nuestras calles. Necesitábamos poder articular, no conformidad. Había otros trabajadores negros fuertes cuyas visiones fueron destrozadas y silenciadas en alguna cuadrícula

imaginaria de negrura estrecha. Las mujeres negras tampoco eran inmunes. En una reunión nacional de mujeres negras para la acción política, una joven activista de derechos civiles que había sido golpeada y encarcelada en Mississippi solo unos años antes, fue destrozada y silenciada como sospechosa por culpa de su esposo blanco. Algunos de nosotros lo logramos y algunos de nosotros nos perdimos en la lucha. Fue una época de gran esperanza y gran expectativa; también fue una época de gran desperdicio. Eso es historia. No necesitamos repetir estos errores en los años 80.

La energía bruta de la determinación negra lanzada en los años 60 impulsó cambios en la conciencia, los autoconceptos y expectativas de los negros. Esta energía todavía se siente en los movimientos por el cambio entre las mujeres, otras personas de color, los homosexuales, los discapacitados, entre todos los pueblos marginados de esta sociedad. Ese es un legado de los años 60 para nosotros y para los demás. Pero debemos reconocer que muchas de nuestras altas expectativas de un cambio revolucionario rápido no se produjeron de hecho. Y muchas de las ganancias que lo lograron están siendo desmanteladas incluso ahora. Esto no es motivo de desesperación ni de rechazo a la importancia de esos años. Pero debemos afrontar con claridad y perspicacia las lecciones que se pueden aprender de la simplificación excesiva de cualquier lucha por la autoconciencia y la liberación.

No existe tal cosa como una lucha de un solo tema porque no vivimos vidas de un solo tema. Malcolm lo sabía. Martin Luther King, Jr. lo sabía. Nuestras luchas son particulares, pero no estamos solos. No somos perfectos, pero somos más fuertes y más sabios que la suma de nuestros errores. Los negros han estado aquí antes que nosotros y han sobrevivido. Podemos leer sus vidas como señales en la carretera y encontrar, como dice Bernice Reagon de manera tan conmovedora, que cada uno de nosotros está aquí porque alguien antes que nosotros hizo algo para hacerlo posible. Aprender de sus errores no es reducir nuestra deuda con ellos, ni el arduo trabajo de convertirnos en nosotros mismos y ser efectivos.

Perdemos nuestra historia con tanta facilidad, lo que no nos ha sido predigerido por el New York Times, el Amsterdam News o la revista Time. Quizás porque no escuchamos a nuestros poetas ni a nuestros tontos, quizás porque no escuchamos a nuestras mamás en nosotros mismos. Cuando escucho las verdades más profundas que hablo que salen de mi boca sonando como la de mi madre, incluso recordando

cómo luché contra ella, tengo que reevaluar tanto nuestra relación como las fuentes de mi conocimiento. Lo que no quiere decir que tenga que romantizar a mi madre para poder apreciar lo que me dio: mujer, negra. No tenemos que romantizar nuestro pasado para ser conscientes de cómo siembra nuestro presente. No tenemos que sufrir el desperdicio de una amnesia que nos roba las lecciones del pasado en lugar de permitirnos leerlas con orgullo y con una comprensión profunda.

Sabemos lo que es que nos mientan y sabemos lo importante que es no mentarnos a nosotros mismos.

Somos poderosos porque hemos sobrevivido, y de eso se trata: supervivencia y crecimiento.

Dentro de cada uno de nosotros hay una parte de humanidad que sabe que no estamos siendo atendidos por la máquina que orquesta crisis tras crisis y está moliendo todo nuestro futuro en polvo. Si queremos evitar que la enormidad de las fuerzas alineadas en nuestra contra establezca una falsa jerarquía de opresión, debemos educarnos para reconocer que cualquier ataque contra los negros, cualquier ataque contra las mujeres, es un ataque contra todos los que reconocemos que nuestros intereses no están siendo atendidos por los sistemas que apoyamos. Cada uno de nosotros aquí es un vínculo en la conexión entre la legislación contra los pobres, los tiroteos de homosexuales, la quema de sinagogas, el acoso callejero, los ataques contra las mujeres y el resurgimiento de la violencia contra los negros. Me pregunto así como a cada uno de ustedes, ¿Exactamente qué alteración en el tejido particular de mi vida cotidiana requiere esta conexión? La supervivencia no es una teoría. ¿De qué manera contribuyo al sometimiento de alguna parte de quienes defino como mi pueblo? La intuición debe iluminar los detalles de nuestras vidas: quién trabaja para hacer la lectura que desperdiciamos, o la energía que se necesita para producir venenos nucleares que no se biodegradarán durante mil años; ¿O quién se queda ciego al ensamblar los microtransistores en nuestras económicas calculadoras?

Somos mujeres que intentamos tejer un futuro en un país donde una Enmienda de Igualdad de Derechos fue rechazada como legislación subversiva. Somos lesbianas y gays que, como el blanco más evidente de la Nueva Derecha, estamos amenazados de castración, encarcelamiento y muerte en las calles. Y sabemos que

nuestro borrado solo allana el camino para el borrado de otras personas de color, de los viejos, de los pobres, de todos aquellos que no encajan en esa mítica norma deshumanizadora.

¿Realmente todavía podemos darnos el lujo de luchar entre nosotros?

Somos gente negra que vivimos en una época en la que la conciencia de nuestra matanza intencionada está a nuestro alrededor. Las personas de color son cada vez más prescindibles, la política de nuestro gobierno tanto aquí como en el extranjero. Estamos funcionando bajo un gobierno dispuesto a repetir en El Salvador y Nicaragua la tragedia de Vietnam, un gobierno que se encuentra en el lado equivocado de cada batalla por la liberación que tiene lugar en este mundo; un gobierno que ha invadido y conquistado (mientras edito este artículo) el estado soberano de 53 millas cuadradas de Granada, con el pretexto de que sus 110.000 habitantes representan una amenaza para los Estados Unidos. Nuestros periódicos están llenos de una supuesta preocupación por los derechos humanos en blanco. Polonia comunista mientras sancionamos por aceptación y suministro militar el genocidio sistemático del apartheid en Sudáfrica, de asesinatos y torturas en Haití y El Salvador.

Las decisiones de recortar las ayudas para enfermos terminales, ancianos, hijos dependientes, cupones de alimentos, incluso almuerzos escolares, las toman hombres con el estómago lleno que viven en cómodas casas con dos coches e incontables refugios fiscales. Ninguno de ellos se acuesta con hambre por la noche. Recientemente, se sugirió que se contratara a personas mayores para trabajar en plantas atómicas porque de todos modos están cerca del final de sus vidas. ¿Puede alguno de los que estamos aquí seguir creyendo que los esfuerzos para recuperar el futuro pueden ser privados o individuales? ¿Puede alguien de los presentes seguir creyendo que la búsqueda de la liberación puede ser competencia exclusiva y particular de una raza, sexo, edad, religión, sexualidad o clase en particular?

La revolución no es un evento único. Se está volviendo siempre atento a la menor oportunidad de realizar un cambio genuino en las respuestas establecidas y

superadas; por ejemplo, es aprender a abordar las diferencias de los demás con respeto.

Compartimos un interés común, la supervivencia, y no se puede perseguir aisladamente de los demás simplemente porque sus diferencias nos hacen sentir incómodos. Sabemos lo que es que le mientan. Los años 60 deberían enseñarnos lo importante que es no mentirnos a nosotros mismos. No creer que la revolución es un evento único, o algo que sucede a nuestro alrededor en lugar de dentro de nosotros. No creer que la libertad puede pertenecer a cualquier grupo de nosotros sin que los demás también sean libres. Cuán importante es no permitir que ni siquiera nuestros líderes nos definan a nosotros mismos, o que nos definan nuestras fuentes de poder.

No hay ninguna persona negra aquí que pueda permitirse esperar a ser conducida a una acción positiva para sobrevivir. Cada uno de nosotros debe mirar con claridad y de cerca los detalles (condiciones) genuinos de su vida y decidir dónde se necesita acción y energía y dónde puede ser efectiva. El cambio es responsabilidad inmediata de cada uno de nosotros, donde sea y como sea que estemos, en cualquier ámbito queelijamos. Mientras esperamos a otro Malcolm, otro Martin, otro carismático líder negro para validar nuestras luchas, los viejos negros se mueren de frío en las casas de vecindad, los niños negros son brutalizados y masacrados en las calles, o lobotomizados por la televisión, y el porcentaje de Las familias negras que viven por debajo del umbral de la pobreza son más altas hoy que en 1963.

Y si esperamos poner nuestro futuro en manos de algún nuevo mesías, ¿qué sucederá cuando esos líderes sean fusilados, desacreditados, juzgados por asesinato, llamados homosexuales o de alguna otra forma sin poder? ¿Ponemos nuestro futuro en espera? ¿Cuál es esa barrera internalizada y autodestructiva que nos impide movernos, que nos impide unirnos?

Nosotros, los negros, estamos en un punto extraordinario de elección dentro de nuestras vidas. Negarse a participar en la configuración de nuestro futuro es renunciar a él. No se deje engañar por la pasividad ni por una falsa seguridad (no se refieren a mí) ni por la desesperación (no hay nada que podamos hacer). Cada

uno de nosotros debe encontrar nuestro trabajo y hacerlo. La militancia ya no significa armas al mediodía, si es que alguna vez lo hizo. Significa trabajar activamente por el cambio, a veces sin la seguridad de que el cambio se avecina. Significa hacer el trabajo poco romántico y tedioso necesario para forjar coaliciones significativas, y significa reconocer qué coaliciones son posibles y cuáles no. Significa saber que la coalición, como la unidad, significa la unión de seres humanos completos y auto-actualizados, enfocados y creyentes, no autómatas fragmentados que marchan hacia un paso prescrito.

Y en la universidad, eso ciertamente no es una tarea fácil, porque cada uno de ustedes, por el hecho de estar aquí, se verá inundado de oportunidades para nombrarse mal, para olvidar quiénes son, para olvidar dónde están sus verdaderos intereses. No se equivoque, será cortejado; y nada neutraliza la creatividad más rápido que el simbolismo, esa falsa sensación de seguridad alimentada por un mito de soluciones individuales. Parafraseando a Malcolm, una abogada negra que conduce un Mercedes por la Avenida Z en Brooklyn sigue siendo una "perra negra", dos palabras que nunca parecen pasar de moda.

No tienes que ser yo para que podamos luchar juntos. No tengo que ser tú para reconocer que nuestras guerras son las mismas. Lo que debemos hacer es comprometernos con un futuro que pueda incluirnos unos a otros y trabajar hacia ese futuro con las fortalezas particulares de nuestras identidades individuales. Y para hacer esto, debemos permitirnos nuestras diferencias al mismo tiempo que reconocemos nuestra semejanza.

Si nuestra historia nos ha enseñado algo, es que la acción por el cambio dirigida solo contra las condiciones externas de nuestras opresiones no es suficiente. Para estar completos, debemos reconocer las plantas de opresión de desesperación dentro de cada uno de nosotros: esa voz tenue y persistente que dice que nuestros esfuerzos son inútiles, que nunca cambiarán, así que para qué molestarse, acéptelo. Y debemos luchar contra esa pieza insertada de autodestrucción que vive y florece como un veneno dentro de nosotros, sin examinar hasta que nos hace volvernos contra nosotros mismos el uno en el otro. Pero podemos señalar ese odio enterrado en lo profundo de cada uno de nosotros y ver a quién nos anima a despreciar, y

podemos disminuir su potencia mediante el conocimiento de nuestra conexión real, que atraviesa nuestras diferencias.

Con suerte, podemos aprender de los años 60 que no podemos permitirnos hacer el trabajo de nuestros enemigos destruyéndonos unos a otros.

¿Qué significa cuando un pelotero negro enojado - esto sucedió en Illinois - maldice a un interlocutor blanco pero le saca un cuchillo a uno negro? ¿Qué mejor manera de vigilar las calles de una comunidad minoritaria que poner a una generación en contra de la otra?

Refiriéndose a las lesbianas y los hombres gay negros, el presidente estudiantil de la Universidad de Howard dice, con motivo de una Carta de Estudiantes Gay en el campus, "La comunidad negra no tiene nada que ver con tanta inmundicia; tendremos que abandonar a estas personas ". [cursiva mía] ¿Abandonar? A menudo, sin darnos cuenta, absorbemos la creencia racista de que los negros son blancos adecuados para la ira de todos. Estamos más cerca el uno del otro, y es más fácil descargar la furia unos contra otros que contra nuestros enemigos.

Por supuesto, el joven de Howard fue históricamente incorrecto. Como parte de la comunidad negra, tiene mucho que ver con "nosotros". Algunos de nuestros mejores escritores, organizadores, artistas y académicos en los años 60, así como en la actualidad, han sido lesbianas y homosexuales, y la historia me confirmará. Una y otra vez en los años 60 me pidieron que justificara mi existencia y mi trabajo, porque era mujer, porque era lesbiana, porque no era separatista, porque una parte de mí no era aceptable. No por mi trabajo sino por mi identidad. Tuve que aprender a aferrarme a todas las partes de mí que me servían, a pesar de la presión de expresar solo una con exclusión de todas las demás. Y no sé qué diría cara a cara con ese joven de la Universidad de Howard que dice que soy una basura porque identifico a las mujeres como mi principal fuente de energía y apoyo, excepto para decir que es mi energía y la energía de otras mujeres muy parecidas a mí, lo que ha contribuido a que esté donde está en este momento. Pero creo que no me lo diría en la cara porque los insultos siempre son más fáciles cuando se quitan, académico.

En los círculos académicos, como en otros lugares, hay una especie de insultos que se utilizan cada vez más para mantener a raya a las jóvenes negras. A menudo, tan pronto como una joven negra comienza a reconocer que está oprimida tanto como mujer como negra, se la llama lesbiana sin importar cómo se identifique sexualmente. "¿Qué quieres decir con que no quieres hacer café, tomar notas, lavar los platos, ir a la cama conmigo, eres lesbiana o algo así?" Y ante la amenaza de una mancha tan temida, con demasiada frecuencia cae dócilmente en ella. línea, aunque de forma encubierta. Pero la palabra lesbiana solo es una amenaza para aquellas mujeres negras que se sienten intimidadas por su sexualidad, o que se dejan definir por ella y desde fuera de ellas. Mujeres negras en lucha desde nuestra propia perspectiva, hablando por nosotras mismas, compartiendo estrechos lazos entre nosotros política y emocionalmente, no son enemigos de los negros. Somos mujeres negras que buscamos nuestras propias definiciones, reconociendo la diversidad entre nosotras con respeto. Hemos estado en nuestras comunidades durante mucho tiempo, y hemos jugado un papel fundamental en la supervivencia de esas comunidades: desde Hat Shep Sut a través de Harriet Tubman a Daisy Bates y Fannie Lou Hamer a Lorraine Hansberry a su tía Maydine a algunos de tú que estás sentado delante de mí ahora.

En los años 60, los negros desperdiciaban gran parte de nuestra sustancia luchando entre nosotros. No podemos permitirnos el lujo de hacer eso en los años 80, cuando Washington, DC tiene la tasa de mortalidad infantil más alta de todas las ciudades de EE. UU., El 60 por ciento de la comunidad negra menor de veinte está desempleada y más se están convirtiendo en desempleados, los linchamientos están aumentando y menos la mitad de los votantes negros registrados votaron en las últimas elecciones.

¿Cómo está practicando lo que predica, lo que sea que predique y quién está escuchando exactamente? Como enfatizó Malcolm, no somos responsables de nuestra opresión, pero debemos ser responsables de nuestra propia liberación. No va a ser fácil, pero tenemos lo que hemos aprendido y lo que se nos ha dado que es útil. Tenemos el poder que nos han dado los que vinieron antes que nosotros, para movernos más allá del lugar donde estaban parados. Tenemos los árboles, el agua, el sol y nuestros hijos. Malcolm X no vive en los áridos textos de sus palabras tal como las leemos; vive en la energía que generamos y usamos para avanzar en las

visiones que compartimos con él. Estamos construyendo el futuro y uniéndonos para sobrevivir a las enormes presiones del presente, y eso es lo que significa ser parte de la historia.